

La filosofía de King

Un ensayo colectivo analiza distintos aspectos del universo literario del autor de 'It'



REPORTAJE

ELENA SIERRA

Louise Creed no era un psiquiatra, pero sabía que en el humor de toda vida hay objetos semienterrados y oxidados y que los humanos sienten una y otra vez el impulso de tirar y tirar de ellos, aunque les corten las manos». Lo mismo podría decirse del autor de estas líneas, que se sitúan más o menos hacia la mitad de una de sus novelas más conocidas... cosa esta última que viene a ser como no decir nada porque, cualquiera que le siga la pista lo sabe, la lista de 'novelas conocidas' de Stephen King es enorme: 'Carrie', 'El resplandor', 'It', 'La zona muerta', 'Los Tommyknockers', 'Cuenta conmigo', 'Dolores Claiborne', 'La milla verde', 'El cazador de sueños', 'Ojos de fuego', 'Misery', 'Cujo', 'La tienda', '22/11/63', 'La cúpula', así sin orden ni concierto, por citar solo algunos nombres. El caso es que las líneas con las que se abre este

texto corresponden a 'Cementerio de animales' –que a saber por qué no se ha traducido haciendo honor a la mala ortografía infantil del título original, o sea, 'Pet Sematary', lo que vendría a ser algo así como 'Zemeterio de animales' o, por qué no, 'Cemeterio danimales' o similar– y dan fe de que King, que no es psiquiatra sino un licenciado que trabajó en-casi-de-todo y hasta como profesor de Secundaria cuando era muy joven, algo sabe de los traumas, de las experiencias vitales dolorosas y de cómo se agarran en el subconsciente.

Puede que la obra del maestro de terror fuera considerada muy pobre (estilística y literariamente hablando) durante los primeros quince años de su carrera editorial, pero ya nadie duda de que tras los temores, los monstruos y esa América de casitas con jardín y niños corriendo aventuras en pandilla hay algo más. Una muestra reciente es la publicación del libro 'The King. Bienvenidos al universo literario de Stephen King', en la editorial Errata Naturae. En el volumen se recogen pequeños ensayos sobre el autor y sus novelas, y sobre los muchos temas humanos de los que hablan y sus conexiones con debates públicos que perduran en el tiempo, firmados

por otros escritores y varios filósofos fascinados desde siempre por sus creaciones.

Más de lo que se cree

Rodrigo Fresán, Mariana Enríquez, Edmundo Paz Soldán y Laura Fernández son los contribuyentes en español, conocidos a su vez por sus ficciones de tono fantástico y de terror; cada cual escribe a su manera, y en el abanico caben desde los mieditos de toda la vida de la argentina Enríquez a las 'sit-coms' galácticas de Fernández, por hablar de los extremos. Entre los autores de habla inglesa, hay filósofas como Kelly Byal, especializada en la intersección entre filosofía y literatura, existencialismo y filosofía del horror, y Katherine Allen, de ideas transhumanistas y con ansias de ser 'poshumana mejorada' –lo que sirve para analizar, precisamente, el reflejo en la obra de King de ese debate entre dejar el cuerpo como está y que la vida continúe de forma natural hasta la muerte o servirse de la tecnología médica para hacer del cuerpo una máquina que no caduque o que lo haga más tarde y con menos dolor–; y expertos en Historia del Arte, Ciencias Políticas y Literatura como Elizabeth Hornbeck, Timothy M. Dale y Tony Magistrale (quien le hace la entrevista al protagonista del ensayo que abre el volumen).



Escenas de 'Carrie' (De Palma) y 'El resplandor' (Kubrick), basadas en novelas de Stephen King.

Todos ellos, eso sí, fans del universo del King y dispuestos a demostrar que hay mucho más de lo que se cree en cada una de sus novelas.

Porque 'Cementerio de animales' podría ser solo la historia de una familia normal y corriente que se ve azotada por la maldad que habita en algún lugar allá por detrás del

jardín de su vieja nueva casa, una maldad que lleva cientos de años haciendo daño cuando los vivos víctimas del duelo –y con miedo a la muerte– le abren la puertita. O puede ser, según quién lo lea y cómo, una disquisición sobre el miedo a la muerte y el dolor, sobre la fe y la existencia o no de algo más allá (y del Bien y

del Mal) y sobre la posibilidad de no morir jamás, haciendo para ello lo que sea necesario, incluso convertirse en otro diferente.

Espacio para la nostalgia

Y 'Carrie' puede ser simplemente la historia de una niña con poderes paranormales, una madre muy pero que muy loca y un instituto lleno de adolescentes perversos que se saben al dedillo la teoría del 'bullying' y la aplican como verdaderos doctorados. Y de su terrible venganza, la de la niña con poderes. O, si se hace otra lectura, la de la dolorosa transición de niña a mujer y lo mal que se les da a las madres dejar volar a sus hijas, y más en el entorno castrador del radicalismo religioso, e incluso sobre lo que la sociedad nos pide que hagamos (dejemos de hacer, abandonemos, cambiemos, camuflamos) para encajar en el mundo de los adultos, el de verdad. Lo de los compañeros de clase, se lea como se lea el libro, no tiene otra interpretación... excepto si se habla de feminismo y de sororidad: menuda porquería de mujercitas, esa es la conclusión. La perspectiva de género se puede aplicar también a novelas como 'Dolores Claiborne', 'Misery', 'Cujo'. Modelos de mujer, mujeres-madres con muchos problemas, realidades que reventan por todos los costados.

En las ficciones de Stephen King hay espacio para la nostalgia por un mundo perdido –puede ser una época histórica, y a menudo lo es, pero sobre todo es la nostalgia por la infancia, por esa inocencia y ese poder de creer que se tiene entonces–, y al mismo tiempo la conciencia de que ese mundo perdido, adorado, era peligroso. Al propio King (nacido en 1947 en ese Maine que tanto ha utilizado en sus obras) su padre lo abandonó cuando era casi un bebé, a él y a su familia, y la infancia fue un momento de escasez y de carencias de todo tipo. Cuando él mismo se reprodujo, la familia vivió al límite mucho tiempo, hasta que llegó el éxito. Por si la dificultad económica fuera poca cosa, King se lo bebía todo; no son pocos los personajes con este tipo de problemas que escribe: el de 'El resplandor' puede que sea el mayor ejemplo.

«La odisea de los migrantes es comparable a la de Ulises»

La joven autora francesa de origen argelino Alice Zeniter regresa a sus raíces en 'El arte de perder'

REPORTAJE

PAULA ROSAS



Hay países que solo existen en la imaginación, o en ese espacio íntimo donde se crea el universo familiar. La Argelia de Alice Zeniter ha sido, durante gran parte de su vida, un piso de protección oficial en la periferia de una ciudad gris del norte de Francia, lleno de muebles de formica, con la televisión siempre encendida y del cual no se puede salir sin haber sido meticulosamente cebado por la cocina de la abuela. Se entraba y se salía de Argelia por la puerta de ese pequeño apartamento en el que se habían criado su padre y sus tíos. Durante 20 años, Zeniter se conformó con las escuetas explicaciones familiares sobre el país de los abuelos, convertido en una construcción imaginaria, un país mitológico del que habían sido proscritos.

Revelar una fecha estaba prohibido: 1962, el año de llegada de la familia a Francia. Una fecha que arrastra un estigma, el de los 'harkis', aquellos que se encontraron en el bando perdedor en la guerra de independencia. Traidores a ojos de la nueva Argelia independiente. Una realidad incómoda para la antigua potencia colonial. Aquel país perdido al otro lado del Mediterráneo va diluyéndose en silencio generación tras generación. ¿Qué queda entonces a los nietos? ¿En qué generación se pierden las raíces?

Nacida en Normandía, de madre francesa y padre originario de una Cabilla de la que apenas le habló, Alice Zeniter (1986) se resiste a hablar de identidad, pero la búsqueda de los orígenes ejerce de hilo

conductor de su última novela, 'El arte de perder', una ficción inspirada en su propia historia familiar. Como un fresco desplegado a lo largo de tres generaciones, el libro retrata el doloroso capítulo de la historia franco-argelina que empezó con la guerra de independencia y que, para sus protagonistas, se extendió a lo largo de muchas más décadas.

Una historia que tiene como héroe de partida a Alí, el abuelo, un hombre hecho a sí mismo, veterano de la batalla de Monte Casino, notable en un pueblo de las montañas del norte de Argelia, que se ve obligado a encontrar refugio en las fuerzas coloniales para proteger a su familia de los rebeldes del FLN. Que continúa con Hamid, el padre, desembarcado en Francia con 10 años y al que la guerra aún persigue en sus pesadillas infantiles, un Hamid que pelea por integrarse y que envuelve en un silencio asfixiante aquello que quedó atrás. Y que finaliza con Naima, producto perfecto de la inmigración integrada, parisina, cultivada, con su cigarrillo, su copa de vino y su bocadillo de jamón, una suerte de alter ego de Zeniter que busca dar sentido a esa relación extraña que los miembros de una tercera generación tienen con sus orígenes, la tensión entre las raíces y la integración, la memoria y la libertad.

Emigrante, inmigrante

Ganadora de la primera edición española del premio Goncourt, 'El arte de perder' —que ahora edita Salamandra— es, sin embargo, la sexta novela de Zeniter, que publicó su primer libro a la absurdamente joven edad de 16 años. La historia, cuenta en una entrevista en la sede de su editorial parisina, siempre estuvo allí, «aunque pensaba que sería un proyecto para más adelante, quizás para dentro de diez años». Pero fue tirando del hilo.

«Conocía la historia de Argelia muy mal. En la escuela se pasa muy por encima, y durante años estuve bloqueada por la idea de que esa historia



Alice Zeniter, fotografiada en París. :: ERIC HADJ

El libro, con el que ganó la primera edición española del Goncourt, está inspirado en su historia familiar

me debía de haber llegado a través de mi familia y no fue así», reconoce. Zeniter recurrió entonces a los libros de Historia, de Sociología y al cine, y lo que descubrió la revolvió. Los campos de concentración en los que internaron a los 'harkis' a su llegada a Francia (su familia estuvo en el de Rivesaltes, que décadas antes había encerrado a los republicanos españoles que protagonizaron 'la Retirada'). La marginación. La humillación. La escritora vio rápidamente el paralelismo en-

tre aquello por lo que había pasado su familia y cómo la historia se repite. Y una verdad evidente: el inmigrante, el que llega, es, primero, un emigrante, alguien que se va. Deja atrás un hogar, una vida, un país, una historia. El paralelismo con la actualidad le pareció demasiado urgente. La historia había que contarla ya.

«Metemos a los migrantes en campos de internamiento que están lejos de todo, así que nunca los vemos, nunca hablamos con ellos, ni nos los cruza-

mos, ni pensamos en ellos. Hacemos ahora lo mismo lo que se hizo con los 'harkis' entonces, y quizá en 40 años alguien dirá '¡mierda, qué aberración, ni siquiera sabía que eso había pasado!'», se indigna. Un texto de la escritora Nicole Lapierre le sirvió de revelación. «Habla de la situación de los migrantes en Europa y sobre la forma en la que contamos su historia. Cómo habría que explicar que lo que han llevado a cabo es una odisea comparable a la de Ulises, y que habría que relatarla como tal, explicando todo lo que necesita de valor, de inteligencia, de facultad de adaptación», relata. El viaje, además, no acaba cuando se pone pie en el nuevo destino, como descubren los personajes de 'El arte de perder'. La epopeya deja una marca que luego cala en las generaciones posteriores.

Asignatura pendiente

Sesenta años después de la llegada de los 'harkis', la integración sigue siendo una asignatura pendiente en Francia. El repliegue identitario a ese país imaginario de los abuelos que se observa en muchos jóvenes se explica en parte, según Zeniter, como una reacción al racismo y tiene mucho que ver con el concepto del 'buen árabe', aquel que «se parece lo menos posible a un árabe, que ya no tiene acento, que habla perfectamente francés, que se viste a la occidental y que no es musulmán».

Durante años, argumenta la autora, «hemos escuchado que la primera generación que llegó a Francia eran así y que hoy la gente ya no hace eso. Pero lo que se nos olvida contar es que, hace 40 o 50 años, esa generación lo hizo por miedo, no lo hizo por amor a Francia, no es que un día decidieran abrazar todas las tradiciones francesas diciéndose, 'esto es el paraíso, me voy a beber un vaso de gran borgoña y comprarme una chaqueta de traje!'. Lo hicieron porque pensaron que era la única forma que tenían para tener derecho quedarse allí». Sin embargo, las generaciones siguientes, observa Zeniter, «vieron que sus padres no obtuvieron nada con ello. Si, le decían 'bonjour, monsieur' y 'bonjour, madame' a todo el mundo. Les pusieron a veces nombres franceses a sus hijos y les dijeron que trabajaran mucho en la escuela. Quisieron sobre todo que no se parecieran a ellos. Y al final siguen viviendo en las 'banlieues', con pensiones horribles después de haber hecho trabajos de mierda. Y no, los franceses no les tratan de igual a igual».